

MARAÑÓN, EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS

Por VICENTE MACHIMBARRENA, Ingeniero de Caminos.

Nos presenta el autor un acertado comentario del interesante discurso de recepción del Dr. Marañón en la Academia de Ciencias, que nos hace volver a meditar en el profundo sentido de las palabras "civilización" y "cultura", y en el mal tan actual del científismo, que llama Marañón caricatura de la Ciencia, y que tanto combatía Cajal al censurar a los sabios que corrían tras el oro.

El día 3 del pasado mes de diciembre leyó su discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el insigne Dr. Marañón.

Audí al solemne acto con ilusión; pero fué tal el concurso de gente ávida de escucharle, que he tenido que conformarme con leerlo a solas en mi casa, y voy a hacer algunos comentarios.

Es norma obligada en estas ceremonias recordar en primer término, en pocas páginas, al Académico que se va a suceder, y a continuación disertar largamente sobre un tema científico dedicado a sus doctos compañeros, con lo que el público menos preparado que le escucha se aburre en general con cortés resignación.

Marañón redactó su discurso, seguramente profundo; pero al ponerse a escribir el prólogo en honor de Cajal, se dió cuenta de que tan extraordinaria figura de la Ciencia española, en cuya silla iba a sentarse, le daba tema sóbrado para su disertación.

En el ambiente científico de España, al surgir Cajal fué casi un milagro que prosperase su formidable tarea de investigación para crear una ciencia histológica nacional.

En la polémica de la ciencia española ocupa una posición apologetica, generosa y patriótica, Menéndez Pelayo, y frente a ella se alza, pujante, la tesis pesimista de Cajal, quien dijo: "Al carro de la civilización española le falta la rueda de la Ciencia".

Marañón, más optimista, opina que España tuvo en todo tiempo cabezas eminentes dedicadas a la preocupación de la Ciencia; pero añade que "es innegable que la aportación española a la investigación experimental es notoriamente inferior a la de los demás grandes países de Europa, que compartían con nosotros la hegemonía del poder", si bien "el grado de grandeza de un pueblo ante la Historia no se puede medir con el único rasero de la Ciencia. El descubrir y vivificar un Nuevo Mundo, el contribuir en el Nuevo y en el Viejo a la creación de formas arquetípicas de la belleza y al conocimiento de las eternas verdades, que harán algún día vivir en paz a los hombres, son méritos tan grandes como el progreso material".

A la afirmación rotunda de Cajal de que "la prosperidad duradera de las naciones es obra de la Ciencia", condiciona Marañón diciendo "siempre que la Ciencia se ponga al servicio del bien"; porque "hemos visto hundirse en pocos años países de desarrollo científico prodigioso, que parecían incombustibles".

"Es cierto que en España no ha habido apenas ciencia experimental, pero sí copiosa cantidad de sabios cultivadores de aquellas ciencias que pueden crearse paseando y con las manos en los bolsillos: pensadores, teólogos, naturalistas, descubridores más que geógrafos, clase de ciencia que no es inferior a la experimental. Al contrario: la preeminencia corresponde a los que aspiran a llegar a la verdad por la vía inefable de la meditación y el pensamiento".

Imposible seguir paso a paso en esta reseña el discurso de Marañón, admirable de fondo, seductor de forma y hinchido de españolismo, por lo que voy a limitarme a hacer algunas consideraciones acerca del aspecto pedagógico de la actividad de Cajal, que localizaba certeramente la causa del mal — nuestra deficiencia científica — en la Universidad, y sólo en ella.

Y añadiré por mi cuenta, reforzando lo anterior, que no es sólo mal de España, sino del mundo entero, que por haberse desviado, especialmente en los siglos xix y xx, de lo que debiera ser la verdadera y única misión de la Universidad, ha llegado, después de las dos espantosas guerras que hemos tenido la desgracia de presenciar, al estado de miserable descomposición en que ahora se encuentra, sobre todo Europa.

Ortega y Gasset dijo con gran acierto que la única misión de la Universidad debe ser el fomento de la Cultura, aunque luego se contradijo al decir que la enseñanza superior consiste en profesionalismo e investigación.

Veamos lo que acerca de esta trascendental cuestión piensan Cajal y Marañón.

En España fué Cajal el último sabio romántico que con 52 duros mensuales de sueldo más alguna lección particular, subvenía al sostenimiento de su familia y de su laboratorio de investigaciones, a la adquisición de revistas extranjeras y a la edición de la suya para publicar sus propios hallazgos; mas, a partir

de la guerra de 1914, vió no sólo en España, sino en todo el Mundo, la desbandada de los sabios puros hacia ocupaciones lucrativas, con lo que se presentan dos males a cual peor: el profesionalismo y el científismo.

El primero ha sido fomentado por la Universidad al dar primordial importancia a las facultades profesionales (Medicina, Abogacía, Farmacia y Veterinaria), lo cual no sería censurable, si al mismo tiempo no hubiera descuidado su tarea esencial, que es la coronación de los estudios culturales de la primera y la segunda enseñanzas, o sea: el saber, sin idea de lucro inmediato.

La obra cultural, más que del bienestar material, que no desdeña, se preocupa del orden moral, de satisfacciones espirituales, o sea del ideal que apetece el alma.

Cajal, en las primeras ediciones de su obra *Reglas y consejos sobre investigación científica*, dedicaba agrias invectivas a los sabios que corren tras el oro; pero en la última edición dice que "tal estado de cosas ha variado algo en la actualidad. El tipo del inventor que trabaja por afán de lucro, abunda hoy mucho en Alemania, y, en general, en las naciones más adelantadas. La lucha por la patente, la fiebre de la competencia industrial ha turbado la cabeza augusta del templo de Minerva", y terminaba preguntándose, sin atreverse a dar la respuesta: "¿Es un mal o un bien?" Y Marañón responde que, por de pronto, es una necesidad.

El mal del científismo, al que llama Marañón la caricatura de la ciencia, es también muy grave, y la define como "la exhibición y la valoración indebidas de un conjunto de datos que parecen ciencia, y que, a veces, lo son en realidad"; pero de modo desproporcionado, por su modestia, a la magnitud del aparato expositivo, que consiste en un complicado artificio de revistas, libros, bibliografías, esquemas, demostraciones gráficas, cinematografía, comunicaciones, conferencias y Congresos nacionales e internacionales, en lo que hay verdaderos especialistas, que explotan, incluso para ganar las cátedras con más facilidad, que con largos años de callado trabajo pedagógico y creador.

Conviene advertir, a propósito de la ciencia, que su papel en la formación cultural y profesional no es esencial, aunque ambas se nutran de ciencia. Los laboratorios, tan indispensables hoy en los estudios profesionales, han contribuido mucho a la confusión entre profesión y ciencia, porque en ellos se investiga, cuando los utilizan los científicos; pero también se enseña y aprende más frecuentemente cosas sabidas. To-

dos los laboratorios de las Escuelas de Ingenieros y de las Facultades universitarias profesionales tienen casi exclusivamente esa finalidad. En ellos, sólo en casos excepcionales, se investiga.

Lo difícil es "transformar la Universidad", como quería Cajal, para que vuelva a ser lo que fué al nacer: escuela superior de Cultura. El diagnóstico es exacto, pero no acertó con el remedio, que todos los espíritus generosos de entonces decían que era "europeizar" al catedrático. Craso error, porque las naciones más civilizadas de nuestro continente (Alemania, Francia, Inglaterra) no representaban lo permanente de Europa, cuya cuna estuvo en la diminuta Grecia del siglo de Pericles, sobre la cual dice Marañón en su discurso, muy bellamente, que "si la arisca Grecia de hoy, en lugar de vivir del turismo de sus gloriosos vestigios, en los ratos que la guerra civil le deja libres, dedicara la mayor parte de su presupuesto al mantenimiento de escuelas superiores, en las que luciera vivo y radiante aquel espíritu que creó una civilización maravillosa, es seguro que volvería a ser un gran país y un centro de atracción para los espíritus mejores".

Pero si cultura, más que civilización, es lo que está haciendo falta al mundo para regenerarse, no necesitamos europeizarnos, ni menos, como ahora se dice por otros, americanizarnos, sino simplemente españolizarnos; porque España es la nación que más cultura ha difundido en el mundo. Al descubrir América casi sólo se preocupó de difundir su religión y su idioma, esencia y vehículo de su cultura, y las naciones que allí creó le siguen llamando Madre patria, manteniendo el vínculo que Ramiro de Maeztu defendió con el nombre de Hispanidad.

Marañón, en la reforma de la Universidad, da, con mucha razón, importancia primordial a lo que llama "cáncer de las oposiciones en la elección del profesorado". Sé, por experiencia, que este desatinado sistema fascina a nuestros universitarios. Formé parte, durante nuestra guerra, de la Comisión Asesora de Segunda Enseñanza, porque el Ministerio de Educación se estableció en Vitoria, donde yo residía. Formábamos parte de esa Comisión tres profesores de Enseñanza superior y seis profesores de Institutos, entre éstos el actual Ministro de Educación.

Presenté un proyecto de ponencia sobre la Base XIII de la Ley, que trata del "Profesorado oficial", en la cual decía que "el sistema de oposición, propenso al verbalismo, ahuyenta a los mejores, que no gustan de someterse al juicio de tribunales a veces menos competentes que los opositores, y con todo el aparato que rodea a las clásicas oposiciones exclusiva-

mente españolas, muy desacreditadas. Vienen a ser, en la elección de profesores, lo que los exámenes orales en la elección de alumnos ante tribunales en los que la memoria prevalece, por ser la facultad que más brilla en los torneos oratorios en que luchan los opositores ante tribunales mudos."

"Es preferible, y más serio, el sistema de concurso, al que llevarían los aspirantes al profesorado sus trabajos docentes y culturales realizados en el transcurso de la vida, que resultan obscurecidos ante el lucimiento de oropel de los ejercicios de oposición, exactamente lo mismo que pasaba en los exámenes orales de los alumnos, a los que se daba más importancia que a la labor continua y metódica de todo el curso."

"Así como los alumnos estudiaban para salir bien en los exámenes, más que para saber, los aspirantes a cátedras se consagran, tanto o más que a trabajos serios, a prepararse para hacer con lucimiento las oposiciones."

Esta ponencia fué rechazada por mis ocho compañeros de la Comisión.

Para salvar al mundo es menester que la nave de la civilización, que va a la deriva, expuesta a estrellarse, vuelva a ser guiada por el timón de la cultura; pero oigamos al mismo Marañón en su contestación al discurso de ingreso de Terradas en la Academia de la Lengua: "No se han dado cuenta — los que presagian la muerte de la cultura europea — que los países industriales, llenos de obras de fantástica ingeniería, de talleres, de laboratorios donde la vida surge con impulsos de titán; de fábricas jadeantes y de Consejos de administración, tienen, dentro de todo eso que parece materia pura, una escondida y maravillosa poesía, que aun no ha encontrado, es cierto, a su Homero, pero que ya lo encontrarán."

Contestó al discurso de Marañón, con otro, también bellísimo, el Ingeniero de Minas Pedro de Novo.